



A la sombra del enfoque intercultural...

Por *Abel Terrazas*



Y así, la mirada, recogida en su oscuridad paradójicamente, saltando sobre una aporía, se abre y abre a su vez, “a la imagen y semejanza”, una especie de, circulación.

María Zambrano, *De la Aurora*

Uno de los decires más comunes para referirnos a la perspectiva sobre alguna cosa en particular, es la luz. Cuando expresamos “estar a la luz de...” o “dar a luz...” colocamos un factor de visión sobre el objeto de referencia inmediato. Indicamos una relación entre la cosa mirada y la forma de mirarla a sabiendas de su inseparabilidad en sentido estricto. Ponemos énfasis en dicha relación más bien con fines analíticos, lo cual resulta bastante útil para esclarecer desde donde hablamos. Un análisis de nuestra propia práctica educativa, —por ejemplo—, a la luz del enfoque intercultural contiene dos elementos: ‘práctica’ y ‘enfoque intercultural’, con independencia de la definición de cada uno aparte. Pero el hecho de mencionar esta relación, nos permite demarcar sus elementos y quizás hasta escoger una cuestión específica para definirlos entre sí. La metáfora de la luz abre y cierra esa interdependencia porque supone la aparición de *una* faz gracias a *un* foco. Entre la faz y el foco, nuestra mirada. Por ahora no tomamos en cuenta la sombra; sólo nos interesa una visión particular en el espectro dado. Nuestra óptica es pues, ese reflejo, esa relación *relativa*, explícita; y queda ahí a la mitad, la posición observadora.

En contraste, la sombra se figura por la luz y nos cobija de ésta; nos permite ver con serenidad sin sus reflejos fulgurantes. Estar a la sombra del enfoque intercultural es decir que su *ensombre* nos cobija para hacer o deshacer algo; porque la sombra es un factor de visión inexacto: supone una consistencia implícita y nos protege precisamente de la luz inclemente, de su vigilancia. La realización de eventos presumiblemente a la sombra del enfoque intercultural, deja cierto grado de incertidumbre a favor nuestro. El claroscuro resulta vital para el enfoque, e incluso su ambigüedad puede llegar a ser

su desarrollo. El abuso de esta virtud, por supuesto, no está vedado. Ocultarse con el título de la interculturalidad, es ahora parte de la vida cotidiana lejos de constituir un posicionamiento político o una asunción ontológica. Pero la sombra, la silueta sin rostro, como forma de libertad de aquellas vigilancias luminosas, cierra esa postura ambigua al dejar una responsabilidad previa. Estar antes o después del enfoque es salirse de sus estipulaciones; es entrar bajo su sombra con la finalidad de apostarle. Tenemos que invocar en la imaginación una forma de justificar la figura de nuestro enfoque proveedor de sombra, de nuestro lugar cobijado a diferencia de otros. Acaso con la forma de un árbol, imagen de jerarquización enramada; o como un tejido de fuerzas cuyo centro está vacío, con el aro del *dreamcatcher*. También, desde la imagen-metáfora del rizoma, una red en consecución de momentos al infinito, cada uno cual mesetas que son plataformas para dialogar.

El sentido de esto radica en delimitar nuestra sombra, —en este caso el halo de misterio de la interculturalidad—, para erradicar los reflejos; así como para hacer explícito el presupuesto de la existencia de la diversidad cultural como esencia de todas las culturas. El enfoque intercultural concibe lo cultural como una relación, pero va más allá con la crítica de las dependencias jerarquizadas y jerarquizantes de desigualdad. En este sentido la fusión entre la imagen y la metáfora es útil. El uso de la imagen es para definir y estipular; el de la metáfora para abrir, relacionar. Cuando hablamos de una imagen que es metáfora, intentamos unir una definición al movimiento de las relaciones que modifican incluso nuestra propia imagen. Bajo esta sombra encontramos un movimiento de tensión entre lo dicho y lo dado. Siempre estaremos a la sombra del enfoque en una crítica y un intento de realización conexos. A la imagen-metáfora del enfoque le sigue la sombra de no decidir de manera unívoca su posición última; su existencia como un “estar fuera”, hacerse visible (dirían algunos “en la práctica”), tampoco permite una consolidación restringida. Si bien se trata de poner en el centro de la reflexión el reconocimiento de la diversidad cultural, —premisa por demás ambigua—, se propone enfrentar los problemas de la desigualdad y de deconstruir las

diferencias naturalizadas. Su gran presupuesto, la pluralidad: una unidad abierta, problemática, cuyos límites imprecisos son difícilmente bordes gráficos, —retomando a Juan Soto.

La sombra también es un fantasma. La aparición de un bulto en el reajo llega a ser causa de miedos. La sombra de la imagen-metáfora *Rizoma*, es de tal complejidad que trasciende la dicotomía de la luz-sombra con la fusión de imaginación-relación. Este fantasma recurre a la manifestación en los grupos que difícilmente en los individuos: no hay un *médium* del enfoque. Pero en los equipos de trabajo cuya identidad se alimenta de la orientación de un enfoque intercultural, permite el *plus* de su realización a través de un documento colectivo con la descripción de la propia práctica, poniendo de relieve la diversidad cultural, la sistematización del ideario involucrando a actores de dentro y fuera de la institución, así como la puntualización de retos y obstáculos más próximos, dichos y no dichos en contraste con la propia tesis del enfoque. Se trata de una interpelación en diferentes sentidos, de sendas por horadar en el proceso de la identidad correspondiente al rumbo que tomamos. Ese rumbo, aunque no sea claro ni distinto, puede proporcionar la diferencia entre saber y no saber el sentido de intentar construir el tan afamado reconocimiento de la diversidad cultural. A la sombra del enfoque, la diversidad cultural escapa de ser prescrita y descrita. A la sombra, entra en un proceso de construcción incierta, pero con una firme posición dentro del claroscuro constitutivo que la insta a ser, al menos, un problema.

Cuando decimos que estamos a luz del enfoque intercultural seguramente intentamos usar cierto filtro para revisar nuestra práctica. Sólo que el ejercicio de tensión es inamovible, porque el hilo conductor o los argumentos desde donde se sostiene el susodicho ejercicio, forja de antemano la relación con base en “criterios mínimos” que posiblemente no todos estaríamos en posición de alcanzar. Ni siquiera porque sean mínimos o máximos —traemos de nuevo a Juan Soto—, serán un punto en común para evitar la formación de una cofradía. La sombra en cambio, nos permite dilatar el proceso de identificación de tales criterios con la



finalidad de crear una coincidencia procesual con la gracia del movimiento y con el contraste entre los argumentos disímbolos; e incluso, en virtud del debate acerca de la denominación para el caldo de las interrelaciones: ¿a quién se le ocurrió primero la palabra intercultural?, ¿cómo se ha venido usando, por genealogía o deconstrucción?; ¿en las sendas que son propuestas frente a la supresión de una silueta más bien sugerente?

REFERENCIAS

- Juan Soto Ramírez (2005), “Límites imprecisos, bordes gráficos” en *Diversidad Cultural*, DUVI. Xalapa.
- Juan Soto Ramírez (2005), “Valores mínimos, valores máximos” en *Diversidad Cultural*, DUVI. Xalapa.
- María Zambrano (2006). *El hombre y lo divino*, FCE. México.
- Mariflor Aguilar Rivero (2005). “Cultura de escucha. Condición de la democracia” en *Ensayos*, IFE. México.
- Un análisis contrastivo luz-sombra en el logos nos lo proporciona María Zambrano en *El hombre y lo divino*, FCE, p. 13.
- La integración de todos a un determinado juego discursivo vendría a ser la falacia de la democracia. Cfr. Mariflor Aguilar Rivero, “Cultura de escucha. Condición de la democracia” en *Ensayos*, IFE. 2005.